

**ROBIN MORGAN-BENTLEY**

**EL DÍA**

Un accidente

**EN QUE**

Dos mundos que chocan

**TODO**

Tres vidas marcadas para siempre

**CAMBIÓ**



**Un thriller psicológico palpitante, rebotante de tensión, sin héroes ni villanos: solamente víctimas.**

### **Un accidente.**

Parece un día como cualquier otro, pero todo está a punto de cambiar para Ben. En su camino al trabajo en la escuela, un hombre, en un acto final desesperado, se lanza encima de su coche, dando un vuelco a la vida del profesor en un solo y terrible instante.

### **Dos mundos que chocan.**

Atormentado por la culpa y resuelto a limpiar su conciencia, traba amistad con la viuda del hombre al que atropelló y conoce también a su hijo de siete años, huérfano de padre, Max.

### **Tres vidas marcadas para siempre.**

Unos y otros se apoyan para intentar superar la pérdida y el trauma, pero ¿podría ser que llegasen demasiado lejos? ¿De qué modo podría Ben seguir adelante después de haber causado la muerte de alguien?

### **La crítica ha dicho...**

«Una novela compulsiva y adictiva que la autora construye sin caer en los clichés del género, con unos personajes redondos, reales».

C. L. Taylor

«Fascinante y siniestro, con un giro doblemente inesperado. Un debut más que prometedor».

*The Times*

*A Pauly*

Los que estáis leyendo esto meditated por un instante sobre la larga cadena de hierro o de oro, de espinas o de flores, que nunca os habría sujetado de no haber sido por un primer eslabón que se formó en un día memorable[\*].

CHARLES DICKENS, *Grandes esperanzas*

## BEN

*Martes, 9 de enero; 6.42 de la mañana*

Al principio, los dos limpiaparabrisas. Piezas de caucho y plástico que van de izquierda a derecha, de izquierda a derecha, moviéndose a toda prisa para despejarme el camino. Frente a mí, no hay carretera, solo breves atisbos de grisura y humedad, grisura y humedad.

Luego, vienen los sonidos. La vibración grave y sorda del motor, interrumpida a veces por el silbido del viento cuando otros coches, más ansiosos, más acelerados, me adelantan por la derecha. El estallido brusco y repentino de los truenos sobre el techo del vehículo me sobresalta a cada instante; me tiemblan las piernas mientras aguardo la siguiente descarga.

Después, la neblina matinal. El termostato del calefactor está averiado, así que me inclino hacia delante y quito el vaho del parabrisas frotándolo con la manga. Me doy cuenta de que tengo una manchita de leche en el puño izquierdo de la camisa: los restos de un desayuno apresurado.

Los limpiaparabrisas, el silbido del viento, los truenos, la neblina, el termostato, la manchita. Siempre en ese orden.

Y es entonces cuando llega, blanco, el fognazo: un rápido destello, un fotograma; después, el caos. Un estrépito que cada vez recuerdo y describo de forma distinta: un impacto fuerte y seco, un golpe en la cabeza, un chirrido cuando piso los frenos y me desvío hacia un lado. Si bien tengo clara la secuencia de imágenes, los sonidos están desordenados. ¿Qué fue primero, el chirrido o el golpe? Tras los ruidos, otras sensaciones: oídos tapados, un vacío en el estómago, una inquietud caliente y primitiva recorriéndome la ingle. Luego, los olores: el tufo a goma quemada y el olor fresco y puro de la lluvia que se cuele, chorreando, por

el parabrisas roto... y un único sabor: el intenso regusto metálico de la sangre.

Apago el motor, me desabrocho el cinturón, me inclino hacia delante y recorro con el dedo una de las brechas del cristal del parabrisas. Me arrastro como puedo para abrir la puerta del copiloto y trepar al exterior. El rugido del tráfico se impone al pitido que me suena en los oídos. Está lloviendo a cántaros; es ese tipo de lluvia tan singularmente británico que cae en diagonal y que pega más fuerte de lo que parece.

Paso por detrás del coche y me dirijo al borde del arcén. Ahora veo que la gente está parando, así que tal vez alguien me podrá ayudar a volver a meterme en la autopista. Todavía es de noche, pero los faros de los coches que se acercan resplandecen a mi alrededor, por la calzada y el arcén, e iluminan el margen izquierdo de la carretera. Parece que es allí adonde todos se dirigen; parece que allí está lo que produce tanta agitación. Vuelve a tronar, me estremezco, me entran náuseas y vomito en el asfalto: acabo de volver a ver esa blancura. Unos pantalones blancos de algodón, con el dobladillo manchado de barro, tirados en el borde de la autopista: hay un hombre en el suelo; está ahí porque yo lo he atropellado.

No recuerdo nada de lo que va desde ese momento hasta unos cuantos segundos después. Cuando recupero la consciencia, estoy caminando por el arcén; delante de mí, el tráfico prosigue a toda velocidad. Tengo las piernas entumecidas: es como si se me hubieran quedado dormidas, pero las siento aún más frías, aún más ajenas a mi cuerpo. Avanzo a trompicones hacia la sirena encendida de un coche de policía; por lo que veo, hay un agente cerca. Mientras me acerco a él, mis piernas reviven, pero ahora noto una sensación extraña, como si me tiraran del torso, como si una fuerza que escapara a mi zona de control se hubiera apoderado de mí. Cuando llego a donde se encuentra el

policía, estoy hecho una sopa, tiritando bajo la ropa empapada, con el cabello pegado a la frente.

—¡Lo siento! —grito, levantando los brazos al cielo—. ¡Lo siento!

## ALICE

*Martes, 9 de enero; 7.15 de la mañana*

No es la primera vez que me despierto y, cuando me doy la vuelta, la almohada está vacía. Él sufre de insomnio desde que empezamos a salir; al parecer, toda su vida ha sido así. En nuestra segunda cita me dijo que «nunca podía parar de pensar», lo cual, en aquel momento, me pareció un tanto presuntuoso. Como si el resto de las personas nos pasáramos el día embobadas, mirando al horizonte.

Levanto la vista para saber qué hora es: Adam tiene uno de esos relojes tan horteras que proyectan la hora en el techo con una luz azul, brillante y fosforescente. A él siempre le gusta saber qué hora es, por mucho que yo le diga que eso no le va a ir bien para conciliar el sueño. Son las siete y cuarto de la mañana; me sorprende que Max aún no me haya despertado. Para sus siete años duerme bastante bien, pero normalmente a estas horas ya anda por aquí, pidiéndome que le haga el desayuno y destapándome.

Me levanto de la cama, me pongo la bata y me dirijo a la ventana: parece que esta noche ha caído una buena. Ahora solo caen cuatro gotas, pero tiene que haber llovido una barbaridad, porque el jardín está encharcado y el viento ha derribado el tendedero. En las noticias han hablado sobre el huracán Jolene, que ha arrasado el sur de Estados Unidos y que, según todos los indicios, ha hecho una pequeña parada en nuestra casa. No creo que haya muchas Jolenes en Rickmansworth ni, a decir verdad, en todo el condado de Hertford.

Cruzo el pasillo hacia el cuarto de Max. Todavía duerme, roncando con suavidad. Le doy un beso en la frente y se revuelve un poco, pero enseguida se tranquiliza, así que salgo de la habitación y bajo las escaleras. Esta casa es mucho

más grande de lo que nosotros necesitaríamos; me parece un lujo exagerado, pero Adam dice que es «la casa definitiva» y ¿quién soy yo para contradecirlo? A veces me siento sola, cuando Max está en la escuela y Adam encerrado en el estudio que tiene en la otra punta del jardín, tirándose de los pelos y dejándose la piel para poner toda su creatividad en el guion que está escribiendo —un guion que siempre está casi acabado, pero que nunca termina de estar listo del todo—. Antes de nacer Max, yo trabajaba de contable en la City de Londres; pensé en volver al mundo laboral hará un par de años, cuando el niño empezó primaria, pero Adam se opuso y, gracias a la petrolera de su padre, la verdad es que dinero no nos falta.

Entro a la cocina y me preparo un té. Adam, por lo visto, ya se ha preparado el suyo, porque hay una bolsita usada en el fregadero. Estará en el cobertizo, escribiendo. Me sirvo tres tortitas, les echo una buena porción de mantequilla y me meto una en la boca; con una mueca de dolor, me calzo a presión las zapatillas frente a la puerta de la terraza y salgo al exterior. El jardín, desde luego, está hecho un asco: han caído ramas de los árboles, algunas flores se han salido de los parterres y están tiradas por el césped y el tendedero tiene pinta de haber quedado para el arrastre. Pongo cara de fastidio mientras la lluvia fina me empapa y arrastro los faldones de la bata por el suelo, ensuciándolos de tierra. La casa del árbol que Adam había empezado a construir con Max el verano pasado no ha logrado resistir a la tormenta; era un buen proyecto que nunca llegó demasiado lejos.

La puerta del cobertizo está abierta de par en par. Me aproximo hacia ella con sigilo, porque sé que a Adam no le gusta que lo molesten mientras escribe, y ahora mismo no estoy para broncas. Pero Adam no está. La habitación es una leonera: todos sus libros, que él acostumbra a tener perfectamente apilados y ordenados por tema, están tirados por el suelo. Avanzo pisando trozos de papel, manus-

critos desechados, escenas de su último guion que, sin duda, le han causado horas y horas de agonía hasta que, finalmente, han sido descartadas en mitad de un arrebato. Y la lámpara, la lámpara de porcelana de su madre —un objeto espantoso, pero para él muypreciado—, está rota en pedazos, esparcida sobre las baldosas. Es como si la tormenta hubiera conseguido entrar al cobertizo y hubiera puesto la habitación de Adam patas arriba. Y él ¿dónde demonios está?

Primero, me dedico a recoger los trozos de porcelana, porque sé que, cuando Max se despierte y se dé cuenta de que no hay nadie en casa, vendrá a buscarme aquí. Al salir de la caseta, casi me tropiezo con las pantuflas de Adam: ¿es que ha salido a la calle descalzo? Aprieto el paso y voy hacia la casa, subo las escaleras corriendo y cojo el móvil. Lo llamo al suyo: enseguida me salta el buzón de voz. Bajo a toda prisa por las escaleras, corro hacia el jardín y vuelvo al cobertizo. Me está entrando el pánico: esto ya lo he vivido otras veces. Me pongo a remover el desorden del suelo: las libretas, las páginas sueltas... Me corto en el dedo con un trozo de lámpara. Y es entonces cuando lo veo, apoyado contra el respaldo de su silla: un abultado sobre marrón y, en la cara delantera de este, cuatro garabatos escritos con la preciosa letra de mi marido: «Dile a Maxy que lo siento».

Atravieso corriendo el jardín en dirección a la casa. Brinco escaleras arriba y entro en el dormitorio, cojo las llaves del coche de la mesilla de noche y me limpio la sangre del dedo con un trozo de clínex usado. Tengo que sacar a Max de la cama.

—Max, cariño. Despiértate. Despiértate, por favor. Ven-ga, vístete.

Abro su armario, cojo la primera camiseta y los primeros pantalones cortos que encuentro y se los tiro en la cama mientras él se frota los ojos.

—¿Adónde vamos, mamá?

Necesito que espabile, pero no puedo decirle qué es lo que está pasando.

—Max, te voy a dejar con la señora Turner. Mamá tiene algo muy urgente que hacer. Venga, levántate.

Esta es una de las ventajas de las urbanizaciones: tienes a una canguro *de facto* viviendo en la casa de al lado. La señora Turner siempre le ha tenido un especial cariño a Max: él es uno de esos niños que impresiona a los desconocidos, sobre todo a las señoras mayores y, dado que la señora Turner vive sola desde que su hijo murió de meningitis a principios de los noventa, me gusta pensar que llevarle a Max a casa de vez en cuando es un acto de compasión. Hoy se la ve claramente desconcertada por mi repentina aparición ante su puerta a estas horas de la mañana, y me observa de arriba abajo, confundida por el hecho de verme vestida con mi bata veraniega en pleno invierno. No tengo tiempo para explicaciones, así que, antes de que mi vecina consiga entender qué es lo que está ocurriendo, suelto a Max y le indico que se vaya con ella.

De casa de la señora Turner corro directa hacia el coche y, sintiendo el frío y la humedad en la parte trasera de la bata, cierro la puerta de un golpe y enciendo el motor. Mientras doy marcha atrás para salir del jardín, veo por el retrovisor cómo amanece y noto un chute de adrenalina bajándome por la columna vertebral: nunca me había dejado una puta nota.

Acelero en dirección al pueblo, dejando atrás la estación de tren, y entro en la carretera principal, fijándome en cada una de las personas que han salido a dar un paseo matinal o que acuden, apresuradas, al trabajo. Sé cuál es el lugar adonde él suele escaparse: otras veces, cuando ha desaparecido, lo que necesitaba era espacio, y ha ido a sentarse en el banco del parque para aclararse las ideas. Me coloco tan cerca como puedo de la entrada del parque, dejo el coche en doble fila y cruzo la calle para entrar en el recinto,

esquivando ramas rotas y pisando charcos. Atravieso el torniquete de la entrada y paso por delante del tióvivo y los columpios en dirección al banco, que queda un poco más lejos. Corro y grito el nombre de Adam, pero ya estoy viendo desde aquí que en ese banco no hay nadie.

Ahora mismo debo de ser todo un espectáculo: una foca en bata de estar por casa y zapatillas de deporte, con los rastros del maquillaje de anoche corriéndome por las mejillas, gritando en mitad de un parque húmedo y vacío. Mi cuerpo no está para estos trotes; resollando, cruzo a la otra acera y voy hacia la calle principal. Tendría que haber cogido el inhalador. El dueño de la lavandería acaba de llegar y, mientras mete la llave en la persiana para abrir el negocio, se da la vuelta para observar cómo lucho por recuperar el aliento y salgo de su vista tan deprisa como puedo, atravieso la calzada por entre los coches en marcha y, tras dejar atrás la casa de apuestas, me dirijo a la comisaría.

Mientras corro hacia las puertas automáticas, hago una pausa para coger aire y me doy cuenta de que una mancha de sudor se me ha extendido por la bata de raso, por debajo de la teta izquierda. Atravieso las puertas, me acerco al mostrador de recepción, respiro hondo una última vez y...

—Hola. Me gustaría denunciar la desaparición de mi marido. Sí, una desaparición. Mi... a ver, mi marido... Ha dejado una nota, y creo que le puede haber pasado algo.

## BEN

*Martes, 9 de enero; 6.56 de la mañana*

—Pongámonos a cubierto. ¿Le importaría subir con nosotros al vehículo para charlar un rato?

—Me vino un fogonazo, un fogonazo blanco, mientras conducía, y oí un golpe muy fuerte, y pensé que debía de haberme chocado con algo. Giré a la izquierda y salí del coche para ver los desperfectos y hasta entonces no lo vi, no lo...

—Tendríamos que hablar con un poco más de calma. Vamos a ver... ¿lleva encima las llaves de su coche?

—¿Las llaves? No, o sea, todavía están en el... ¿Ha muerto? El hombre, ¿ha muerto?

—Por favor, caballero, intente tranquilizarse. Nuestro coche es este de aquí atrás; vamos dentro, que estaremos calentitos.

El policía le hace una seña a un compañero y veo cómo ese otro agente se dirige hacia mi coche. Avanzo con dificultad por la carretera en dirección al coche de policía, que está a escasos metros de nosotros, y siento la humedad fría del agua que me ha entrado en el zapato izquierdo. Está especialmente fría en la parte del talón, y me obliga a andar a pasos torpes y cansados, hace que me cueste un poco levantar el pie del suelo. Cuando llegamos al coche, el agente me abre una de las puertas traseras y entro rápidamente. Mi respiración empieza a acelerarse: noto cómo el pecho y los hombros me suben y me bajan cada vez que inspiro y espiro. Una mezcla de lluvia y sudor me cae desde el nacimiento del pelo y me gotea por la cara. El policía cierra la puerta y ocupa el asiento del conductor.

—Muy bien. Bueno, empezaremos con algunas preguntas rutinarias. ¿Me podría decir su nombre, caballero?

—Benjamin Anderson.

—¿Edad?

—Treinta y dos años.

—Estupendo. Oiga, ¿le importa si lo llamo Ben?

Miro al agente a través del retrovisor y afirmo con la cabeza. No digo ni una palabra: siento cómo se me forma un nudo en la garganta y las lágrimas incipientes dan a mis ojos un aspecto vidrioso.

—Genial. Yo soy el agente Ed Parsons. Ahora, vayamos al grano. ¿Adónde se dirigía usted esta mañana?

—Iba a trabajar. Soy profesor en una escuela que hay cerca de Bricket Wood. Pero ¿qué ha pasado? ¿Está muerto? Necesito saber qué ha pasado. Déjeme salir del coche, tengo que ir a ver si...

Me echo a un lado para abrir la puerta y oigo el chasquido del seguro. Aun así, sigo tirando de ella una y otra vez, y otra, y otra...

—Ben, necesitamos que permanezca aquí dentro, por favor. Hay una unidad médica en el lugar del accidente; están haciendo todo lo que está en sus manos.

El agente mete la mano en la guantera en busca de un clínex; finalmente, me ofrece una caja entera. Saco uno, me sueno con fuerza la nariz y me quedo con la mirada perdida, fija en el pañuelo.

—Todo irá bien —continúa el policía—. Nuestros colegas de la ambulancia saben lo que hacen y ya están en el lugar de los hechos, haciendo lo posible por ayudar. A ver... ¿podría irme diciendo cuáles han sido sus movimientos a lo largo de esta mañana? Cuanto más nos diga, mejor; es para que podamos hacernos una idea general.

Saco otro clínex y me limpio con él el pelo, la cara y el cuello. Lo doblo, me froto los ojos, tomo aire y empiezo a hablar:

—Pues... me he despertado a las seis menos cuarto de la mañana, como siempre. Me he duchado, me he vestido y he salido de casa sobre las seis y cuarto. Hay casi una hora